

# IDENTIDADES, VIOLENCIA, INTEGRACIÓN Y REGIÓN CARIBE

---

*Germán Grisales*

ARQUITECTO, SOCIÓLOGO Y DOCTOR EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL Y ETNOLOGÍA

## *Resumen*

La violencia y la economía han jugado un papel fundamental en la construcción de las identidades de la Costa Caribe, identidades que serán impactadas con el mismo dinamismo por los procesos de integración sudamericana y por el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos.

Palabras claves: violencia, economía, Caribe, identidades.

## *Abstract*

Violence and economy has played an important role in the construction of the identities from the Caribbean coast, identities who will be stricker with the same dynamism for the process of integrations of South America and for the agreement of free trade with the United States.

Key words: identities, Caribbean, violence.

## INTRODUCCIÓN

El propósito de este ensayo es reflexionar sobre los distintos factores económicos y políticos que han impactado y que siguen influyendo sobre la construcción de identidades en la Costa Caribe, en el contexto de procesos de globalización, reivindicación identitaria y de integración.

### 1. LAS IDENTIDADES EN EL MUNDO ACTUAL

Varios de los factores que han llegado a nuestra Región con la nueva fase de globalización consisten en la proliferación, el dinamismo y la oferta mayor de identidades que pueden convivir de manera superpuesta en una misma persona. Las unidades emocionales a las cuales se cree pertenecer son más variadas, quizás, infinitas. Se trata de un proceso paralelo a la interdependencia del mundo, de la cual la Costa Caribe nunca se ha encontrado separada. Si ayer, las principales ciudades costeñas constituían la ventana del Interior del País para mirar y relacionarse con el mundo a través del mar, hoy, que los contactos son inmediatos y que las relaciones se producen en tiempo real, a menudo sin la mediación del Estado, se puede ser, al mismo tiempo, costeño, indígena, serrano (de la Sierra Nevada de Santa Marta, de los Montes de María o de la Serranía de la Macuira), ciudadano de varios Estados, integrante de una minoría, miembro de los pueblos tribales del mundo, cibernauta, comerciante, dirigente de un movimiento social, miembro de un clan o de una etnia mayoritaria o minoritaria, integrante de la tercera edad, amerindio, fronterizo o integrante de un pueblo autóctono, tanto como constituir otro miembro más de los movimientos antiglobalización.

La mundialización actual trae una intensificación exponencial de las relaciones transfronterizas, a través de las tecnologías comunicativas y de transporte, lo cual altera las escalas territoriales y la acción social<sup>1</sup> incluyendo el uso práctico de la identidad.

No se necesita estar cerca de la frontera marítima para ser la región más cosmopolita como en el pasado, porque los procesos de intercomunicación con el resto del mundo en la mayoría de casos ya no vienen a través del mar, sino de la vía satelital: el dinero, las normas deontológicas, la percepción del otro, la información a partir de la cual adecuamos nuestra conducta y consolidamos nuestros valores.

Con los cambios de la última década del siglo pasado, las identidades no estatales se convirtieron en áreas fundamentales para interpretar el mundo, a través de nuevas clasificaciones. El resurgimiento de diferentes nacionalismos, la implosión de Estados como la antigua Yugoslavia, la creación de grupos armados de miles de miembros que enarbolaban identidades étnicas diferentes y enconados odios ancestrales en el África,



1 B. de Sousa Santos y M. García, Emancipación y violencia social en Colombia. Bogotá: Norma, 2004, p. 15.

la reetnización de muchos pueblos indígenas en América Latina, son el testimonio de su vitalidad.

Pero, en Colombia, y en particular en la Costa Atlántica, nada muestra mejor la dimensión del cambio que el destino que ha tenido la identidad cultural reemplazada en gran medida por la identidad política. Esa es justamente nuestra gran tragedia.

También nosotros vivimos dinámicos procesos de reivindicación de las identidades étnicas. El caso de quienes se reclaman como miembros de la comunidad étnica mocaná, en el Atlántico, muestra las dificultades que presenta la pregunta por la pertenencia étnica en términos que no sean subjetivos. El Ministerio del Interior no ha aceptado que son indígenas. Pero, ¿cuánto de objetivo hay en la actualidad en lo entendido como indígena? Lo cierto es que por todas partes, «la identidad étnica está dotada de una gran fuerza de movilización que se apoya sobre las tradiciones míticas e históricas brindándole a los miembros del grupo el sentimiento de pertenecer a un pueblo parcial o realmente amenazado»<sup>2</sup>. El pueblo kankuamo nos brinda una lección de resurrección en medio de la guerra de identidades políticas por la que atraviesa la Costa caribe, que le ha costado muchos muertos y le ha permitido reclamar una deuda legítima de reparación.

Sea que los llamemos regionalismos o nacionalismos, identidades regionales o nacionales no parecen constituir procesos naturales, en la mayoría de los casos, sino procesos artificiales inducidos en gran medida por las élites con poder político o con poder económico, o, que sin tenerlos, aspiran a tenerlos, o están inconformes con la cuota que conservan en un momento determinado. Los regionalismos son constituidos, esencialmente, por los propietarios. De esta manera se construyen tradiciones que fomentadas con empeño se convierten en tradiciones populares cuyo origen está destinado a difuminarse –de manera casi adrede– con el tiempo. Una de las preguntas más espinosas, entonces, es: ¿Cuándo nace la conciencia nacional? Pero, como la identidad costeña nació de manera similar a la conciencia nacional, es decir de manera artificial, uno podría preguntarse, también, ¿cuándo nació la conciencia regional?

En la actualidad, una tendencia importante de la antropología liderada por autores como Ernest Gellner y Eric Hobsbawm proponen que es el nacionalismo el que crea a la nación, no al revés, y develan la naturaleza inventada de las tradiciones, lo que podría decirse de nuestros regionalismos del siglo XIX.

Si en el pasado la gente se definía por su pertenencia a un clan o a una tribu, luego de que los conceptos modernos de Estado, nación y Estado-nación se convirtieron en dominantes, la gente tendió a definirse por su relación con el territorio y a conservar lazos de pertenencia a diferentes escalas territoriales<sup>3</sup>.

2 Roberto Cardozo de Oliveira. La politisation de l'identité ethnique et le mouvement indigène au Brésil». In Recherches Amerindiennes au Quebec. (4), Vol. XXV, 1995.

3 J. Nogué. Nacionalismo y territorio. Barcelona: Editorial Milenio, 1998, p.58-59.



El mundo de hoy, además, conoce procesos de integración que están creando dos clases de ordenamiento territorial: las nuevas *macroregiones transestatales* insertas en procesos como el de la Unión Europea y las nuevas regiones, muchas veces fronterizas, producto de integraciones latinoamericanas que tratan de hacer de las fronteras nacionales espacios de complementación económica más que espacios de separación, en los cuales la Costa Caribe terminará siendo involucrada tanto con Venezuela, como con Panamá y los países insulares, porque la nueva escala de las relaciones económicas, políticas y simbólicas así lo exige.

En ambos casos, las identidades y las tradiciones experimentan o afrontarán en el futuro un fuerte impacto, ante nuevas formas de organización del espacio y nuevos ritmos de aceleración desconocidos en el pasado. Quizás lo más significativo de la nueva geografía económica dúctil a la que pertenecemos y que es construida por la globalización y por la integración actual en la que se encuentra atrapada la Costa Caribe lo simbolice el barco que regularmente une a Leticia (Colombia) con Barranquilla (Colombia) cruzando el Brasil. Lo mismo podríamos decir del gasoducto que integrará a la Guajira con Venezuela, primero, para unirse con Centroamérica, después. Pero no es algo nuevo. Las mercancías, desde hace mucho tiempo, organizan los flujos de las personas y no al revés. Debemos recordar que, para muchos, incluso en 1922, la ruta más fácil para ir de Bogotá hasta la frontera amazónica colombiana consistía en subir hasta Barranquilla, tomar un barco hasta Barbados, en el Caribe, y esperar otra motonave que se dirigiera al Amazonas por el Brasil.

El Caribe colombiano no podrá eludir todas las tensiones que la economía mundial, el conflicto y el posconflicto, la comunidad internacional, la invención de nuevos autoritarismos, los procesos de integración y los cambios en las representaciones mentales arrojarán sobre las identidades.

## 2. LA REPRESENTACIÓN DE LA IDENTIDAD

A menudo se utilizan dos enfoques para interpretar la identidad incluso si ella es entendida como regional, nacional, étnica o política: un enfoque *primordial* o esencial y un enfoque *relacional*. La identidad le permite a uno reconocerse, identificar al otro y construir una frontera frente a él.

Con la aplicación del primero de estos enfoques, la identidad caribeña se encontraría caracterizada fundamentalmente por una serie de valores compartidos de manera esencial y, en cierto sentido, permanente, tales como el modo de vivir, de pensar (de espíritu amplio y cosmopolita), de actuar, de percibir el territorio (la llanura cercana al mar que sirve de frontera al interior del país), de vestirse, de expresarse, de compartir mitos, tradiciones y creaciones folclóricas.

Identidad, así, es lo que los seres humanos de esta región hacen, piensan y dicen en su vida cotidiana, aquello que los hace ser percibidos por otros y ser concebidos por sí mismos como diferentes y como parte de un conjunto que les brinda protección,



estabilidad y confianza: el mundo de la costa Caribe. La identidad se encuentra condicionada por las condiciones ecológicas y geográficas, la cultura compartida y el proceso histórico socialmente vivido.

Este tipo de identidad es investigada a menudo por métodos etnográficos, con el fin de describir mitos, tradiciones populares y características de una sociedad determinada.

Con la aplicación del segundo enfoque, la región caribe sería constituida en sí misma en virtud de la relación con otra región; es decir, existe una región caribe o costanera porque hay «un interior», una región andina con la que interlocuta o interactúa, bien o mal. Se expresa la identidad, en ese sentido, porque hay razones para resaltar la diferencia, la existencia de lo propio, creando una frontera, que es la expresión de una relación de inequidad, peligro, amenaza o exclusión entre lo nuestro y lo del otro, en este caso lo del mundo andino.

Este tipo de definición de identidad es la base para describir (y fomentar) los movimientos sociales tras un proyecto de futuro, y permite en muchas ocasiones a los dirigentes políticos el llamamiento a procesos colectivos que intentan cuestionar o defender determinadas relaciones de poder.

### 3. EL NACIMIENTO DE UNA «CONCIENCIA» REGIONAL COSTEÑA

Hasta principio del siglo XIX no había razones para que existiera un regionalismo o una conciencia orgullosa de pertenecer a la región en la Costa Atlántica. Había ciudades zonales cuyas economías se aglutinaban en torno de la importación y la exportación, como Cartagena o Mompo; no tanto, una región. Menos un movimiento regionalista, como lo entenderíamos en el presente, es decir expresado en un grupo dotado de un vínculo sentimental respecto de un territorio humanizado que no es ni nacional ni local.

Al no existir un Estado nacional independiente, las provincias obedecían a una organización con vértice fuera de América, las fronteras interprovinciales no eran problemáticas y todos los ciudadanos costeños eran considerados «españoles americanos». No existían, en suma, razones para reaccionar como movimiento regional frente a otras regiones del Virreinato.

El sentido de pertenencia regional comienza a ser enfatizado, pero sin alcanzar a constituir un hecho de masas, cuando se produce la construcción del nuevo Estado republicano, en el siglo XIX, y su tendencia centralizadora genera toda suerte de suspicacias y reacciones de descontento.

Se trataba de un fenómeno de élites políticas y económicas de las *ciudades de propietarios* que no se vieron representadas en la organización y repartición del progreso o del desarrollo económico, que instituyeron la idea de un «*interés regional*», y que apoyaron un proyecto de ordenamiento federado, librecambista y autonómico en lugar de un proyecto altamente concentrador y proteccionista.



Pero, incluso, si se aceptara tal situación como un precedente, uno podría concluir que las circunstancias para la existencia de un sentido de pertenencia y lealtad regional se perfeccionaron mucho después, sólo cuando se llevó a cabo la conjunción de ciertas condiciones económicas, políticas e ideológicas así como cuando se garantizó un nivel relativo de integración física de toda la región.

Quizás estas circunstancias sólo fueron alcanzadas en las primeras décadas del siglo XX, cuando se conjugaron un mercado económico regional, un grupo empresarial (es decir, de propietarios) con suficiente presencia en todos los rincones de la Región y una conciencia regional de sí mismo como conductor del conjunto de la sociedad, una integración física estable, un nivel relativamente masivo de alfabetizados, un alcance general de algunos periódicos regionales –que tuvieron una participación decidida en la creación de la Liga Costeña–, y, a finales de los años 20, un número suficiente de carreteras que articularan a las mercancías desde los centros de producción de las localidades internas de la Costa con los espacios de acopio y los puertos.

Desde esta época, paralelamente, se desarrollaría un flujo multimodal más dinámico, no dependiente sólo del Río, que vincularía, también, a las regiones centrales con los puertos costeños, volviendo evidente que el diseño de políticas encaminado hacia el crecimiento económico y la capacidad de decisión desigual entre los dirigentes de la Costa y los del mundo andino, no favorecería a todos ellos por igual.

Desde el siglo XIX, se dice que la construcción de la identidad política regional, ha contado con una historia muy extensa que se ha convertido en un lugar común. No es nuestro interés reproducirla aquí.<sup>4</sup>

Tal vez lo desesperanzador de este largo recorrido radique en que aunque la identidad regional y nacional tengan una gran capacidad de convocatoria en muchas otras naciones, en el Caribe no ha logrado aglutinar a la población regional en torno de un proyecto unificado de futuro productivo no rentístico (y democrático) que elimine los obstáculos estructurales de la economía regional, tanto en el campo como en las ciudades, obstáculos que impiden una mayor competitividad y una mejor convivencia; quizás ahora menos que antes, cuando el miedo es el factor que decide por la Costa. Clientelismo, corrupción, mafia y conflicto político hacen de ella la antítesis de un

4 Esta ha tenido puntales decisivos en las reivindicaciones de Juan José Nieto, contenidas en una carta dirigida al General Santander, en 1835, abogando por un régimen federal y exponiendo la disparidad de intereses de las Provincias de la Costa y las del Centro, la Constitución de las provincias costeñas en Estado Federal de la Costa, en 1841, el aglutinamiento electoral de la dirigencia regional en torno de la campaña electoral de Rafael Núñez, al que –mucho después– paradójicamente le tocaría conducir la unificación del Estado–nación luego de los conflictos del siglo XIX, la creación de la Liga Costeña, entre 1919 y 1922, la candidatura de Evaristo Sourdis, los procesos de planificación y regional de los años 70 encaminados a intentar crear una región en términos administrativos, los aportes de intelectuales como José María Vergara y Velasco, Ernesto Guhl y Orlando Fals Borda. Merece una mención especial la batalla de algunos Constituyentes costeños en la creación de la Carta Constitucional de 1991, quienes lograrían hacer entender como necesarias tanto la idea de perfeccionar el ordenamiento territorial colombiano como la de resaltar a la *región* y a la *provincia*, como bases de una convivencia ecopolítica y cultural más eficaz.

modelo eficiente de gestión pública, gobernabilidad armónica, participación democrática y economía fuerte de cara a enfrentar los tratados de libre comercio.

La identidad regional tampoco ha desembocado en un partido único regional, ni siquiera en la época de una reforma política, como la de hoy, que estimula la construcción de partidos fuertes y estables, pero que al mismo tiempo reducirá la actividad electoral a un nuevo Frente Nacional, ya no con dos sino con una docena de partidos nuevos organizados por los remanentes de los partidos viejos y clientelistas de ayer. En manos de los dirigentes políticos, que alcanzaron el Parlamento, la identidad costeña solo se convirtió en un instrumento dirigido a obtener partidas o beneficios del gobierno central con los que reproducir los vicios electorales bien afincados en la Región. Nunca, éstos, impulsaron ningún tipo de autonomía, ni era su propósito ir más allá de satisfacer intereses propios. Y, finalmente, la región de propietarios sucumbió, en buena medida, primero, ante la protección de nuevas élites armadas que reprodujeron y aumentaron los métodos de control social y militar de los tiempos de Pablo Escobar.

#### 4. LA COSTA: ¿CARIBEÑA, RIBEREÑA, SERRANA O MULTIFACÉTICA?

Describir la Costa como caribeña, entraña adoptar un enfoque sólo parcial de la realidad para describir una totalidad que siempre ha sido cambiante, resaltando algunas características y diluyendo otras. Se destaca la unidad, se diluye la diversidad de grupos, lenguas, situaciones, historias y percepciones, que muchas veces llevan la discusión a la antropología, a la lingüística, a la sociología y a la psicología cognitiva.

La caribeñidad, como centro de referencia, oculta un poco el papel fundamental que ha poseído el Río Magdalena y sus afluentes y confluente, en la construcción de lo que somos, olvidando que si el mar le proporcionó a la Región las relaciones con el mundo y el punto de llegada de una buena dosis de inmigrantes, fue en torno del Río donde se constituyeron en primera instancia los núcleos de población más importantes, en un eje perpendicular, que nos obliga a cuestionar si el Caribe al que nos referimos como la región propia siempre ha sido el mismo, o ha sido también el fruto de diversas circunstancias políticas y de diversas tradiciones intelectuales (geográficas o nó) que no necesariamente han compartido los mismos criterios de clasificación sobre las «regiones naturales» en Colombia.

Como el Río, habitualmente se disipa la importancia de otras regiones que contribuyen a una caracterización más pluralista y compleja de la Región, tales como la Sierra Nevada de Santa Marta, en tanto que embrión de culturas, lugar de resistencias, espacio de recepción, de expulsión y de recombinación poblacional de costeños y de inmigrantes expulsados por la violencia o por la economía.

Tal vez hasta podríamos decir que los costeños somos más ribereños que costeños, porque es muy probable que vivamos más cerca de una fuente de agua dulce –ya que la necesitamos para sobrevivir– que del mar.



Esto de las clasificaciones tiene mucho de históricamente arbitrario. Vale la pena hacer una comparación entre la costeñidad y la latinidad.

Lo latinoamericano, a pesar de ser una categoría que no es totalmente histórica, ni geográfica, ni filosófica, nos ha identificado como unidad frente a momentos de agresión políticofilosófica—real o imaginada—situación que nos ha obligado a resistir. Pero algo va del llamado de los franceses (que fueron los que inventaron el término) al llamado del filósofo del siglo XIX José María Torres Caicedo. La impresionante diversidad de culturas, situaciones, lenguajes, conflictos, percepciones de la realidad e historias, nos ha llevado a preguntarnos todo lo contrario, si, en verdad, existe América Latina, y qué de latinos tienen los indios kogui, por ejemplo.

Eso mismo parece suceder con la condición caribeña colombiana, reivindicada habitualmente frente a una amenaza externa, por lo general política. La condición diversa de cada espacio, etnia o grupo lingüístico en su interior se percibe sólo cuando tal amenaza no es evaluada como fundamental, y cada quien se puede ocupar de evaluar intereses, alianzas, características, pertenencias, desigualdades económicas traídas por la historia, contradicciones más localizadas o cercanas, colocando la frontera en un sitio diferente.

De esta manera, se puede percibir lo poco que encuentran en común el hombre del desierto guajiro con el de los Montes de María, la ciudad de Mompóx con Magangué, la Sierra Nevada con La Mojana, el cartagenero con el Barranquillero, los indígenas zenúes con los indígenas koguis, el palenquero con el isleño de San Andrés, la clasificación de las partes del cuerpo en la lengua *damana* y la del idioma español<sup>5</sup>. Identidad y diversidad, forman parte de procesos históricos. Pero no todos los seres humanos los viven de la misma manera ni a partir de las mismas formas de «nombrar» y clasificar los «elementos objetivos» de la identidad cultural y de la realidad que nos rodea. Los *elementos objetivos* no existen. Y, hoy en tiempo de recuperación de la historia social de los conceptos, todas estas categorías que a menudo nos sirven para ordenar la realidad social, como cultura, identidad, etnia, minoría, han demostrado sus surgimientos problemáticos, como instrumentos funcionales de relaciones políticas desiguales.

A menudo los «elementos objetivos» son igualmente construcciones subjetivas o violentamente interesadas. En Managua, por ejemplo, la manera de nombrar lo geográfico donde se vivía, hasta hace algunos años, consistía en una referencia indirecta. En lugar de expresar un código (*calle 61 N° 30-40*), se expresaba: «*Yo vivo del árbol de matarratón, cien varas a la derecha y 40 varas a la izquierda*». (El único problema consistía en que el árbol había sido cortado hacía varios años pero seguía siendo utilizado subjetivamente como si existiera aún).

No hay que olvidar, además, que hasta hace poco más de un siglo la identidad social (me refiero al *hecho social*)—como objeto de estudio, como cosa—no existía. Y que muchas

5 M. Trillos, *Ayer y Hoy del Caribe Colombiano*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 1998, p. 7.





clasificaciones e identidades actuales como la de Pueblos Indígenas y Tribales o la de Pueblos Autóctonos no tienen más de 30 años de existencia y hoy forman un campo aglutinante de una parte de ese colectivo al que llamamos costeñidad; que hasta los raizales de Providencia podrían ser considerados como «un pueblo indígena y tribal» según el Convenio 169/1989 de la OIT y que identidades particulares como la de *pertenencia al reino animal, vegetal o mineral*, se derivan de una tradición intelectual occidental asociada en gran medida con Carlos Linneo, tan arbitraria y respetable como la de muchos indígenas que clasifican al ser humano y a otros animales no racionales, en un mismo tipo de status, a menudo míticamente intercambiable.

La identidad parece un fluir constante y multifacético, un borbotón de agua, un proceso, casi nada parecido a una esencia.

## 5. LA CONDICIÓN FRONTERIZA DE LA REGIÓN CARIBE COLOMBIANA Y LAS IDENTIDADES

De la misma manera como reivindicamos, al mar en nuestra condición identitaria, podríamos reclamar la condición de lo fronterizo. Pero no sucede así.

La importancia de tal condición de la Costa Caribe suele ser ignorada, a pesar de que algunas de las características de lo que entendemos como fronterizo se han encontrado presentes desde mucho tiempo atrás, funcionando como un todo, por lo menos desde las fronteras terrestres y marítimas hasta el Río Magdalena: la de constituir un microclima social diferente, un espacio privilegiado de importación y exportación, un territorio trajinado por el contrabando o por el intercambio interestatal, un espacio de desterrados.

Aún, en los tiempos del fracaso de la Gran Colombia, cuando luego del Tratado Michelena-Pombo, el Parlamento venezolano, en 1833, rechazara la demarcación internacional porque deseaba que ésta pasara por el Cabo de la Vela, la Costa se caracterizaría por una economía de carácter fronterizo, carácter que conservaría luego del Tratado sobre Demarcación de las Fronteras y Navegación de Ríos Comunes entre Colombia y Venezuela, en 1941.

El Estado central olvidó su relación fronteriza con América Central y con las sociedades del Mar Caribe durante 50 años, después de la separación de Panamá. Pero eso no borra el que en nuestros orígenes nuestra jurisdicción alcanzara una zona bien profunda del istmo hasta el Cabo Gracias a Dios. Y los dirigentes costeños poco hicieron para fortalecer esta relación. Perdidos los intereses estratégicos que el Estado colombiano tenía en aquellas regiones en el siglo XIX, vino a recordar su condición de caribe, en el plano diplomático, apenas desde la segunda mitad del siglo XX. Y hoy la utiliza fundamentalmente para obtener apoyo político en el seno del sistema multilateral.



A pesar de los históricos intercambios culturales, pasmosamente la delimitación de las fronteras marinas en el espacio caribe y centroamericano, que constituye buena parte de la razón para ser considerada fronteriza la Costa colombiana, es extremadamente reciente: con Nicaragua, en 1928; con Panamá, en 1976; con Costa Rica, en 1977 (el primer Tratado); con República Dominicana en 1978; con Haití, en 1978; con Honduras, en 1986; y con Jamaica, en 1993.

Pero, resaltar esta condición fronteriza es más importante en la actualidad por tres motivos: por la posibilidad de constituir una entidad territorial regional alguna vez, de acuerdo con la constitución de 1991<sup>6</sup>, por los procesos de integración CAN-Mercosur —que también la transformarán, al menos parcialmente, en una región económicamente transfronteriza—, y por la unificación de políticas de integración de la Comunidad Andina, que obligan tanto a Colombia como a Venezuela a mantener un proceso de desarrollo fronterizo coherente, todo lo cual cambiará las bases cotidianas de la construcción de la identidad del hombre y la mujer corrientes.

El Caribe insular y centroamericano hubiera podido constituir el área de complementación económica natural de las economías de la Costa colombiana, posibilidad que perdió esta región al colocarse como furgón de cola de la economía del interior del país.

En la Comunidad Andina, en particular, las áreas de complementación económica entre el territorio de un Estado y el de otro se llaman Zonas de Integración Fronteriza<sup>7</sup>. Y no solo pueden aglutinar a las localidades más cercanas de la línea internacional, sino, en determinadas circunstancias, a entidades territoriales relativamente alejadas de la frontera, en las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta, dentro de Departamentos como el Cesar y la Guajira, con fuerte impacto en otros Departamentos.

Hay procesos económicos o ambientales que vuelven necesario ampliar la dimensión de la planeación, tales como el turismo, la economía fiscal o el manejo de cuencas. Definir a un municipio, a un Departamento o a una Región como fronterizos es una decisión política que toma un Gobierno y que impacta sobre la economía, la normatividad, el medio ambiente, la cooperación, el manejo de los servicios públicos y la vida cotidiana de los seres humanos que viven allí sus identidades.

La política de integración de la Comunidad Andina, en un tiempo prudencial, empujará, probablemente, a la Costa Caribe colombiana (o a parte de ella) y al Zulia venezolano, en un complejo de acuerdos económicos que tengan como base central la construcción de una Zona de Integración Fronteriza, con muchas implicaciones en el sentido de pertenencia y en la construcción de lealtades de los habitantes de la Costa

6 Artículo 286 de la Constitución.

7 Las Zonas de integración fronteriza constituyen «áreas de los Departamentos Fronterizos cuyas características geográficas, ambientales, culturales y/o socioeconómicas, aconsejan la planeación y la acción conjunta de las autoridades fronterizas, en las que de común acuerdo con el país vecino, se adelantan las acciones que convienen a la promoción del desarrollo y al fortalecimiento del intercambio bilateral e internacional».

Atlántica. En especial, en la de algunos de los grupos humanos que la integran y para quienes la identidad caribe poco significa, pero para quienes adquiere un gran significado ser integrantes de la gran nación wayúu desparramada en los dos Estados.

Nuevos flujos de mercaderías, nuevas costumbres, nuevas olas de inmigración y de formas directas de contacto influirían en la vida cotidiana de todos. Las identidades y las alteridades se forjan en medio de esos procesos históricos y económicos que crean normatividades (en nombre del progreso o del desarrollo) e impactan lo étnico, lo lingüístico, lo económico o lo familiar.

De otro lado, la violencia interna del País ha contribuido al carácter fronterizo de la Región. Desde la Sierra Nevada de Santa Marta de donde parten algunos de los principales problemas políticos y de violencia de la sociedad de la frontera más inmediata, como La Guajira. La masacre de indígenas en Bahía Portete, que desplazara a centenares de wayúus hacia territorio venezolano muestra el desgarramiento que puede tener una identidad simplemente al ser desplazada de una ranchería, por una decisión brutal que fue tomada muy lejos de allí.

La violencia política ha influido sobre el recambio poblacional de la Región a través de distintos procesos como el desplazamiento de unos y la recepción de otros, que impacta sobre las costumbres, la demografía, la economía y vuelve a las ciudades, como Santa Marta o como la ladera norte de la Sierra Nevada, espacios que en poco se diferencian de los centros de frontera, donde el papel del Estado es pobre, el relieve de las economías ilícitas es pronunciado, la población es procedente de todos los rincones, las representatividades entre campesinos e indígenas son desiguales y la presencia de los actores armados no estatales define lo que puede o no puede garantizar el derecho a la vida, la seguridad de los propietarios y la posibilidad misma de la libre locomoción.

A diferencia de los años 50, la Costa Caribe no es ya sólo el sitio fronterizo de refugio de personas frente a otras guerras lejanas vividas por el País. Ahora es un territorio protagónico de otro conflicto, que no aporta mucho, tampoco, a la veracidad del estereotipado «*carácter pacífico*» de la sociedad costeña. ¿cuál sociedad? ¿Cuál de tantas? Buena parte de los actores armados no estatales son oriundos ahora de Urabá antioqueño –que se encuentra en el Caribe–, Córdoba, Sucre, Cesar, del sur de Bolívar y del Magdalena, o son segundas generaciones –nacidas aquí– de migrantes de otras regiones.

La identidad cultural regional, además, ha dejado de ser un lugar de referencia importante en la vida de sus habitantes, si lo fue alguna vez. La identidad política, en cambio, ha tomado su lugar.

Y, finalmente, la Costa, como todas las demás fronteras marítimas y terrestres del País, se ha convertido, después del 11 de septiembre de 2001, en frontera simbólica de los Estados Unidos. Es decir, en el primer retén donde deben ser detenidos los problemas de seguridad de la nación norteamericana, lo cual entraña un mayor control de la vida social, en todos los rincones de su geografía. Así, una de tales fronteras imaginadas



desde el Estado norteamericano se encuentra en esa ladera norte de la Sierra Nevada de Santa Marta, que es evocada como una de las salidas de la droga hacia ese país.

Son, todas, formas de entender lo importante de nuestra condición fronteriza, condición que viven ciudades como Santa Marta, en sus cerros colmados de desplazados y plagados de múltiples fronteras simbólicas.

## 6. LA VIOLENCIA Y SU IMPACTO SOBRE LA IDENTIDAD

Lo que somos como sociedad, como cultura política regional distintiva, ha sido el fruto de muchas formas de imposición y de violencia que no son dignas de honrar.

Entre los factores que a menudo han condicionado nuestra identidad habitualmente se han encontrado presentes varios que aún hoy influyen en nuestra condición: la violencia, la economía y la política. Leyendo de nuevo a Reichel Dolmatoff, nada más descriptivo sobre el cambio de los modos de vida y de la forma de vivir la territorialidad que la fundación de nuevas poblaciones en el siglo XVIII adscritas a nuevas formas de organización político-administrativa, como testimonios de una identidad violentada:

Por una parte, los fundadores de nuevas poblaciones obligaron a los indios a concentrarse alrededor de los proyectados centros de colonización, para ser encomendados a las familias españolas principales y servirles como trabajadores, por otra parte los indios reaccionaron, huyeron y se retiraron hacia regiones menos accesibles para los blancos. La aculturación rápida de los grupos indígenas sujetos a encomenderos y doctriñeros, así como la fuga de otros grupos hacia regiones apartadas, motivaron de este modo la dispersión de las tribus, su desunión social y finalmente la desintegración de su cultura autóctona. Las agregaciones de unas poblaciones a otras, en cambio, establecieron contacto forzoso entre grupos que antes habían vivido aisladamente y casi sin conocerse, obligando, además, a tribus cazadoras y pescadoras a establecerse en lugares determinados o adoptar un nuevo modo de vivir que les fue imposible asimilar.<sup>8</sup>

Las políticas de ocupación de la Corona, la disolución de los resguardos, la inmigración de residentes españoles, las refundaciones, los nuevos procesos de urbanización, el paso de las órdenes religiosas por la Región, llevan la marca de la violencia que se traduce en la modificación de costumbres de las poblaciones originarias, la destrucción y reconstrucción de la identidad. Las Encomiendas convertidas en fincas ganaderas permanecieron casi intactas hasta el día de hoy, en su forma de administración del poder por la fuerza y la imposición y le estamparon su sello hasta al manejo de la administración pública de algunos Departamentos.

8 Gerardo Reichel-Dolmatoff, Datos histórico-culturales sobre las tribus de la Antigua Gobernación de Santa Marta, Bogotá: imprenta del Banco de la República, 1951, p. 42



Durante la última década, buena parte de los grupos de presión articulados a la ganadería, a los partidos o a los gremios, incluso, al comercio de la Región, en suma, a los propietarios, que hubieran podido representar una opción regional, en nombre de la identidad, claudicaron, callaron, se asociaron, fueron protegidos y ordeñados o negociaron, desde Córdoba hasta La Guajira, con nuevas élites asociadas a la violencia ilegal o a nuevas formas de mafia, en nombre de la seguridad del orden institucional y también de la buena salud de la economía personal.

Estas, muchas veces, se apoderaron no solo de las tierras fértiles, de la riqueza financiera y del comercio, para lavar dinero, sin fortalecer el universo productivo. Hicieron crecer el desplazamiento y el asesinato, el control social de las ciudades, a través de prácticas donde la complicidad de muchos funcionarios estatales se volvió escandalosa, contribuyendo al colapso regional del Estado y a la transformación de muchas identidades políticas.

El conflicto reconstruyó los marcadores importantes de identidad. Modificó las reglas de juego de la política y de la economía. Allí donde se percibían regiones naturales, culturales o administrativas a las cuales se podía pertenecer, se superpuso una geografía política de las identidades que dividía en dos la posibilidad de adscripción: ser amigo o enemigo de una causa política. No había espacio para matices.

La misma identidad del desplazado es relativamente reciente. Procede de los años 90. Pero nadie duda, en la actualidad, de la existencia de un campo social, una comunidad, a la que muchos miembros pertenecen, independientemente de su diversa situación individual. Porque «*desplazado es una persona normal en una situación anormal*»<sup>9</sup>. Y de «eso» están llenas ahora muchas ciudades costeñas, cuyos habitantes ya no saben exactamente adónde pertenecen, porque en todas partes han sido rechazados, recibidos de mala gana o señalados como un problema.

La apelación a la identidad regional ha sido, en la mayoría de las ocasiones, un llamado tan oportunista y artificial como el llamado a la nación realizado por los nacionalistas republicanos del siglo XIX, que no significó un paso adelante para muchos sectores subalternos.

Se podría decir que la identidad regional caribe ha sido una construcción artificial que gradualmente se ha desvalorizado frente a otras identidades cuyos marcadores son definidos por la violencia en la actualidad.

---

9 F. E. Osorio, «Recomenzar vidas, definir identidades», pp 174-185. En: Universidad Nacional, Desplazamiento Forzado. Bogotá: U. Nacional, 2004, p. 175.



## 7. LA ECONOMÍA Y SU IMPACTO SOBRE LA IDENTIDAD.

Finalmente, un gran reto que enfrentan las identidades radica en los cambios económicos que en unos 450 dominios de la vida social y económica se encuentran por venir para la Costa Caribe, especialmente a raíz del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos. Pocos sectores de la vida cotidiana de la Región dejarán de ser afectados por este Tratado sin impactar en el cambio de costumbres.

Mal o bien la Costa ha vivido de cara al mundo, en permanente interacción con diversas corrientes de la globalización. Desde inmigrantes, como en Barranquilla, a contrabandistas, como en La Guajira, han marcado su impronta en lo que somos como región. Barrios como El Prado, en la capital del Atlántico, no podrían entenderse sino por esa inmigración. Costumbres como el contrabando, usos y costumbres «tradicionales» como el manejo de armas modernas entre los Wayúus, tampoco. No es la integración con el mundo la que es novedosa. Lo es el ritmo de los cambios por venir y el impacto inmediato de las imágenes del otro.

En los tratados de integración casi todo es negociable: las condiciones para la importación y exportación de bienes industriales y agropecuarios que impactarán las costumbres relacionadas con el consumo, ante el ingreso de nuevas mercancías agrícolas. El arroz, el algodón, el tabaco, el sorgo, el banano, los productos lácteos forman parte de la negociación, entre tantos otros.

La negociación afectará a la pequeña industria, al campesinado sin recursos, que no tendrá capacidad para competir, a los indígenas de la Costa, que experimentarán una mayor presión sobre su territorio.

Pero beneficiará a todo aquel que cuente con grandes volúmenes de divisas o de dinero que pueda ser lavado a tiempo o que pueda conectarse con alianzas transnacionales. Sectores como el del café, el del cacao, el de las flores exóticas, el del turismo, el de la producción forestal o el del tabaco dirigido a los mercados externos o internos, permitirán contemplar, en el marco del Tratado de Libre Comercio y del desarrollo de la Ley de Justicia y Paz, el nacimiento de nuevos gremios económicos, en la Región.

A esa situación le faltará un componente: ¿Qué será del destino de tantos campesinos cuyas tierras han sido expropiadas y que tendrían el mismo derecho de utilizar los nichos económicos ofrecidos por el TLC y que se encuentran en condiciones de indefensión?

Los modos de suministro de servicios también traerán cambios en el volumen del turismo extranjero, en el diseño de las ciudades para volverlas atractivas, en las posibilidades de la televisión regional (Telecaribe) para impulsar valores regionales, en los usos bancarios, en el diseño masivo de viviendas—que ahora se podrá hacer por internet desde Estados Unidos—, en la aplicación de la informática, en los volúmenes de la telecomunicación móvil, hasta en la posibilidad de seguir haciendo un uso desprecupado de las fotocopias.

Las tierras de los resguardos soportarán presiones territoriales externas, para construir complejos industriales, corredores turísticos o simplemente megaproyectos de desarrollo y concesiones para el uso privado de recursos ambientales, justamente en el momento en que el proyecto de Ley Orgánica de Ordenamiento Territorial y la posibilidad de construir las Entidades Territoriales Indígenas ha fracasado una vez más.

## CONCLUSIONES

Sea por el impacto de la violencia, por el impacto de la economía, o por las decisiones políticas que se tomen, las identidades de todos los grupos que conviven en la Región se enfrentarán a desafíos desconocidos que implicarán grandes transformaciones, reacomodamientos o desapariciones abruptas.

Pero hay varios fenómenos que suscitan especial preocupación para el desarrollo normal de la identidad: un Tratado de Libre Comercio mal negociado, frente al que no tengamos respuesta para unirnos como región con el fin de ser competitivos; la de contemplar que el no frenar la corrupción regional volverá mas dura nuestra indefensión frente al Tratado; la de no poder resolver la crisis humanitaria que pone en peligro el derecho a la identidad como ser humano, es decir el mismo derecho a la dignidad; y, finalmente, la posibilidad de que viejas formas de corrupción se ligen a nuevas formas de lavado de activo y de ejercicio viciado de las costumbres electorales, derivando en un modelo de control social autoritario, que impulse un desmonte rápido de las reivindicaciones sociales surgidas con la Constitución de 1991.

La Constitución, justamente, había intentado ser un ejercicio de identidad concertada encaminado a afianzar la convivencia de todos. Pero está claro que en Colombia los pactos de paz no son el final de las guerras, sino el comienzo de nuevas formas de conflicto.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bell Lemus, Gustavo. (Comp.), *El Caribe colombiano*. Barranquilla: Ediciones Uninorte, 1988.
- Connors, Walter. *Etnonacionalismo*, Madrid: Trama Editorial, 1998.
- De Zubiría, Ramón. «*Identidad humana del Caribe*». Revista Dominical de El Heraldo. Barranquilla, 10 de mayo de 1992.
- Fals Borda, Orlando. *El Presidente Nieto. Historia doble de la Costa*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1986.



- Nogué, Joan. Nacionalismo y territorio. Barcelona: Editorial Milenio, 1998.
- Osorio, Flor. «Recomenzar vidas, definir identidades», pp 174-185. En: Universidad Nacional, Desplazamiento Forzado. Bogotá: U. Nacional, 2004.
- Posada Carbó, Eduardo. El desafío de las Ideas. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT y Banco de la República. 2003.
- . El Caribe Colombiano: una historia regional. Banco de la República y El Ancora Editores, 1998.
- Colcultura. Contra el caos y la desmemoriación. Bogotá: Colcultura, 1990.
- Restrepo, Juan Guillermo. El Caribe Colombiano: Aproximación a la Región y al Regionalismo. Bogotá, CERES, 2000.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo. Datos histórico-culturales sobre las tribus de la Antigua Gobernación de Santa Marta, Bogotá: imprenta del Banco de la República, 1951.
- Trillos, María, Ayer y Hoy del Caribe Colombiano. Bogotá: Ministerio de Cultura, 1998.